

Esta conferencia se pregunta cómo comunicar a favor de la paz a niños, niñas y jóvenes, por lo que toca también el tema de la violencia: la que encarnan las confrontaciones bélicas, las hambrunas, el abandono, la agresión cotidiana, los efectos de modelos económicos y políticos capaces de quebrar países moral y económicamente. En este contexto, la opción por la paz y la vida debe partir de incluir a niños, niñas y jóvenes como protagonistas de la comunicación, ya que persistir en la exclusión y el silencio es continuar ejerciendo sobre ellos la violencia.

CONFERENCIA GENERAL: LA OPCIÓN DE COMUNICAR A NIÑOS Y A JÓVENES A FAVOR DE LA VIDA Y LA PAZ ¹

En estos días de trabajo en el encuentro de la Radio hemos abarcado dos planos del análisis de la violencia: el internacional, con los juegos de guerra de país a país, y el nacional, con los esfuerzos de desmilitarización de nuestras sociedades.

Corresponde ahora dar un paso más, para acercarnos a las víctimas de la violencia. Porque los estudios generales, los juegos de guerra, las cifras y las abstracciones, nos recuerdan el poema que Pedro Salinas dedicó a la bomba atómica, en la década del 40. *Cero*, se llama esa gigantesca creación del escritor español, muerto en el exilio y enterrado en Puerto Rico.

Salinas describe el avión con la bomba en su seno, camino de Hiroshima, y lo hace desde las cavilaciones del piloto, con su carga de muerte: al cabo no será para tanto, porque desde lo alto del cielo, la ciudad parece un mapa. Y a un mapa distante ¿quién le tiene lástima?

Hay otra guerra, más cercana y más relacionada con lo que a diario percibimos: la de los ricos contra los pobres, sea entre países o entre los habitantes de un mismo país. Cuando, luego de diez o doce años, los gobiernos dejan una secuela de más de doce millones de nuevos pobres, como ocurrió en la Argentina, asistimos a un acto de violencia sin márgenes contra la población en su conjunto.

Y si en esa verdadera catástrofe social se cuentan millones de jóvenes y niños, encontramos todavía una forma más de la guerra: la de los adultos contra las nuevas generaciones.

El filicidio constituye una constante en Occidente a lo largo de toda su historia. Cuando el Espíritu Universal, en la versión hegeliana, avanzaba desde la oscuridad de Oriente hacia la luz del Mediterráneo, son palabras del filósofo, lo hacía sacando precisamente a la luz un ansia constante de sangre joven, sea para alimentar el hambre infinito de los dioses o para derramarla en los campos de batalla.

Estamos ante formas de filicidio cuando una generación adulta se lanza a destrozar a una generación joven, por cualquier medio, desde la confrontación bélica hasta las hambrunas, el abandono y la violencia cotidiana.

La vieja imagen del filicida en el seno de una familia, se ha ampliado hacia el filicidio social, encarnado en modelos económicos capaces de arrancar vidas como briznas de pasto, en políticos como lobos, en corruptos corruptores, en seres dedicados a quebrar países enteros moral y económicamente, en ese orden.

Es mucho más fácil gobernar pueblos con la juventud quebrada y desvalida, que hacerlo cuando ella se alza digna sobre la tierra. Una estrategia de supervivencia de tanto monstruo en el poder, incluye el envilecimiento de quienes pueden apostar a una transformación social con energías y miradas nuevas.

No nos caben dudas de esa estrategia, entretejida de múltiples maneras: la negación del desarrollo físico por reducción a la miseria, la negación del desarrollo cultural por reducción de oportunidades educativas, la negación del desarrollo social por destrucción sistemática de los espacios públicos e institucionales; la negación del ingreso a una vida productiva por destrucción de las fuentes de trabajo; la difusión de modelos sociales conformistas y cercanos al todo vale, de una manera sistemática a través de los medios de comunicación; la siembra febril de la desesperanza, la oferta constante de prebendas para contagiar alguna forma de corrupción, entre tantas otras posibilidades.

Nada de esto es casual. “El plan ha sido bien diseñado, y cuando falle la seducción se recurrirá a la fuerza” decía don Simón Rodríguez en la primera mitad del siglo XIX, para aludir a formas similares de dominación.

En la última parte del siglo XX, en un proceso vertiginoso que todavía no termina, hemos asistido a un esfuerzo sistemático de desfonde de los sujetos individuales y de los sujetos sociales. De los sujetos individuales por la agresión directa, a través de la reducción a la miseria y a la humillación cotidiana. De los sujetos sociales, por eliminación de lazos asociativos, de espacios donde trabajar e interactuar, de oportunidades de cooperación y de crecimiento con y entre los demás. Las terribles cifras de desempleo son apenas una muestra de todo esto

Lo increíble, lo que rebasa cualquier capacidad de escándalo, es que los agredidos sean convertidos en agresores a través de los medios de comunicación. Somos objeto de una constante campaña destinada a demostrar que buena parte de la violencia social proviene de los jóvenes, como si ellos tuvieran con sus actos acorralada a la buena gente de las ciudades.

Pero ningún acto de violencia de los denunciados es comparable a la violencia adulta ejercida contra los jóvenes. No conozco ningún país hundido por sus jóvenes, ninguna economía quebrada por ellos. No conozco ninguna destrucción de los sistemas de salud, de los puestos de trabajo, de la educación, protagonizada por enfermos, trabajadores y estudiantes jóvenes.

En violencia, algunos jóvenes devuelven a la sociedad apenas migajas de lo recibido a borbotones, por oleadas, desde los centros de poder económico y político.

Hace unos años, hacia 1990, en una publicación de Radio Nederland, señalábamos el alcance de los usos sociales de la niñez:

- Como engranaje de reproducción social.
- Como fuerza de trabajo.
- Como descarga de las tensiones de los adultos.
- Como espectáculo.
- Como consumidor.
- Como mercancía.

Ampliando la mirada hacia los jóvenes, nos ha tocado asistir al horror de formas tan gigantescas de abandono que aquellos usos se diluyen para dejarnos frente al pavoroso espectáculo de un desentendimiento total, de un literal des-uso de buena parte de las nuevas generaciones.

No sin motivo han aparecido palabras como “los descartables” para aludir a jóvenes sin mayor posibilidad de futuro, en ciudades cada vez más marcadas por un salvajismo cotidiano.

Ayer se hablaba de desviolentar la sociedad, como un necesario paso para avanzar hacia formas más democráticas de convivencia. En ese proceso, no podemos olvidar a niños y a jóvenes, víctimas directas de esa violencia, ejercida a nombre de modelos que un día traerán la abundancia. No es lícito navegar hacia la pretendida abundancia por un océano de injusticia y de corrupción.

Es en el marco de este terrible contexto que quiero referirme a nuestro papel de comunicadores. Que hay una comunicación empecinada en trabajar a favor de los señores de la guerra y de la muerte, de la corrupción y de la violencia económica, no nos cabe ninguna duda.

Hace pocos días se publicaron análisis en Francia del papel de los grandes medios en la votación a favor de Le Pain: cientos de noticias destinadas a mostrar la inseguridad fueron difundidas durante el mes previo a la primera vuelta de las elecciones. Y todo el mundo sabe lo seguros que estamos en un mundo gobernado por la ultraderecha.

Cuando uno elige trabajar por la paz y la vida, se le abren alternativas diferentes, a ese bombardeo cotidiano y a tanta creación de estereotipos sociales destinados a legitimar a aquellos señores.

En primer lugar el reconocimiento de las culturas infanto juveniles. Porque existen esas culturas, a pesar de tanto abandono y agresión. Existen y resisten. Nos corresponde reconocer la pluralidad cultural también en este ámbito. Trabajar por la paz y la vida con niños y jóvenes significa un acercamiento a éstos, un intercambio de saberes, afectos y experiencias; un constante esfuerzo de interlocución.

Hablar de, hablar a, pero sobre todo hablar con. Las voces adultas no constituyen para nada todo lo que podemos comunicar en torno a niños y a jóvenes.

Necesitamos sin duda documentos de alcance internacional e informaciones elaboradas según los requerimientos de los medios de comunicación. Pero a la vez necesitamos una vigorosa recreación de nuestro lenguaje adulto para llegar a niños y a jóvenes desde sus propias culturas.

En segundo lugar, la tarea de construir puentes. Cuando una clase dirigente abandona a buena parte de su población, termina por condenar a millones de seres al aislamiento más terrible. Y del aislamiento se sale con puentes entre los seres humanos.

En el campo de la comunicación, nuestros puentes son fundamentalmente de lenguaje. Trabajar por la paz y la vida significa extremar las posibilidades estéticas, poéticas de nuestros lenguajes para cargarlos de intensidad, de sentido y de atractivo; significa recuperar y sostener el lado lúdico de las palabras y de las imágenes, para no renunciar jamás a la fiesta del lenguaje; significa comunicar con alegría, creatividad e imaginación.

En el terreno de la educación, hablamos de la necesidad de una adecuada mediación pedagógica, entendida como la tarea del educador y de la institución educativa de tender puentes: entre lo sabido y lo por saber, lo vivido y lo por vivir, lo sentido y lo por sentir.

Los puentes tienen siempre dos lados: el de los propios niños y jóvenes y el de su futuro.

Menciono, a modo de ejemplo, dos experiencias ecuatorianas: CECAFEC, en Quito, y CEFOCINE, en Guayaquil.

La primera se desarrolla en forma ininterrumpida desde hace más de diez años, con especial énfasis en el trabajo con niños de la calle. El punto de partida son ellos, con sus problemas y sus lenguajes.

La segunda se orienta a la labor con pandillas de jóvenes, en un esfuerzo de construcción de identidad y de autovaloración a partir de la producción de videos.

En ambos casos, la base está en la mediación pedagógica orientada hacia la educación no formal. Si en algo pone énfasis la mediación, es en la relación, en la interacción entre los seres humanos.

Rechazar los lenguajes de la violencia y de la guerra no es tarea fácil. Estamos insertos en un contexto contaminado por ellos; a menudo aparecen como naturales, como necesarios, como parte de la existencia.

Por eso necesitamos una actitud crítica ante el quehacer comunicacional y ante los lenguajes en uso, tanto en los medios de comunicación como en la sociedad en general.

Algunas tendencias en el campo de la comunicación social han pretendido convencernos de la inutilidad de la lectura crítica, como si ella fuera cosa de los setenta. Pero ante tanto bombardeo cotidiano de modelos sociales, de distorsiones informativas, de, a menudo, burdas caracterizaciones de hechos complejísimo, no podemos renunciar de ninguna manera a practicar la lectura crítica y a enseñarla a las nuevas generaciones. Somos empecinadamente setentistas con esta decisión.

La opción por la paz y la vida conlleva la tarea de comunicar las experiencias protagonizadas por niños y jóvenes, casi siempre excluidas, cuando no silenciadas, de la agenda de los grandes medios.

Para comunicar esas experiencias es preciso ubicarlas, conocerlas, impulsarlas. Y se necesita una corriente ininterrumpida de comunicación. Porque sabemos muy bien los pobres resultados de comunicaciones esporádicas, por bien intencionadas que sean.

Por último, nos corresponde abrir alternativas de comunicación a niños y a jóvenes, en el sentido de permitirles una construcción personal a partir del ejercicio del lenguaje. Porque la agresión social, la guerra de ricos contra pobres, la acción filicida de estos últimos años, apuntan también a un literal deslenguamiento de las nuevas generaciones.

Cuando se cierran posibilidades de crecimiento social y cultural, cuando son sembradas la miseria y la violencia, las oportunidades de construcción por el lenguaje tienden también a cerrarse. Reconocemos los espacios de resistencia y el papel de la sociedad civil en la defensa de sus hijos. Pero en el seno de esos espacios, nos cabe la tarea de ofrecer alternativas y recursos de comunicación para afirmar el propio lenguaje, el individual y el social.

Y esa construcción se hace por la práctica cotidiana, por el intercambio entre niños y jóvenes, por el impulso a la voluntad de comunicación como forma de ser y de crecer.

La opción por la paz y por la vida no es sencilla en medio de este escándalo social de nuestras sociedades latinoamericanas. Cuando la misma se orienta hacia el trabajo con niños y jóvenes, corresponde a los adultos lanzados en esa dirección insertarse en un largo proceso de aprendizaje de las culturas infanto juveniles y de desaprendizaje de formas cristalizadas de comunicación.

Recrear el propio discurso, llenarlo de aire puro en medio de estas atmósferas tan viciadas, es tarea compleja, pero a la vez preciosa en alternativas y en encuentros con la vida.

Y a la vez es darle todo el sentido al viejo llamado a la responsabilidad social de nuestra práctica de comunicadores.

Daniel Prieto Castillo
San José de Costa Rica, Junio de 2002

¹II Encuentro Internacional de la Radio por una Cultura de Paz, organizado por Radio Nederland Training Centre y el gobierno de Costa Rica.